

REVISTA DE ARAGON

SEMANARIO DE CIENCIAS, LETRAS, ARTES É INTERESES GENERALES.

PUNTOS DE SUSCRICION.

ZARAGOZA: En la Redaccion y Administracion, *Centro Periodistico*, Cinegio, 5, esquina á la calle de los Estébanes, bajo; en La Bandera Española, Coso, núm. 62, y en las librerías de la señora viuda de Heredia, Bédra, Sanz, Francés, Osés y Meneadez.— HUESCA: Librería de don Jacobo María Perez.— TERUEL: Administracion de *El Turulense*.— MADRID: Librería de D. Mariano Murillo, Alcalá, 18.— BARCELONA: Sres. Teixidó y Parera, Pino, 6.— ATECA: D. Dometrio Ortega.— CALATAYUD: D. Florencio Forcén.

Los anuncios, avisos y reclamaciones se reciben en la Redaccion y Administracion.— Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá *expresamente* al Director de la REVISTA DE ARAGON, calle de Cinegio, 5, bajo, Zaragoza.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza.....	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias.	10 »	18 »	32 »

Números sueltos, *quince* céntimos de peseta.

PRECIOS DE ANUNCIOS.

	RELS.	RELS.
Una página entera en la cubierta.....	60	Cuarto de página . . . 16
Media página	30	Octavo de id. 8
		Dieciseisavo de id. . . . 4

En la última página de la REVISTA, á precios convencionales. Si el anuncio se inserta de tres á cinco veces seguidas, obtiene el precio una rebaja de *quince por ciento*; si de seis á ocho veces, una de *veinticinco por ciento*, y de nueve en adelante, una de *cuenta por ciento*.
Los señores suscritores obtendrán en sus anuncios la rebaja del *diez por ciento*.

À NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.

Sagrada Virgen, mística palmera,
A quien un himno el corazon entona:
Para ofrecerte una inmortal corona
Su fuego al sol arrebatar quisiera;

Fundir en oro las canciones mías,
Y saber confundir en mis cantares
El oro de los mundos estelares
Y el rumor de encantadas melodías.

Yo quisiera ofrecerte cuanto encierra
El pecho mio en hervorosa pira,
Y que el acorde humilde de mi lira
Fuese el orgullo de cristiana tierra;

Dar á mis trovas músicos raudales,
Albos matices de azucena y lirio,
Y cuanto nunca imaginó el delirio
De ardientes soñadores inmortales.

Yo quisiera á los mirtos y á las rosas
Arrebatárles germinal tesoro,
Arrebatár al estrellado Coro
Las cuerdas de sus arpas melodiosas;

Yo quisiera robar á la alborada
Sus áureas tintas y sus mil rumores,
Anegarme en los mágicos vapores
Que esmaltan esa bóveda azulada;

Yo quisiera ofrecerte cuanto asombra,
Cuanto en la azul inmensidad diviso,
Y flores arrancar al Paraíso,
Dando á tus piés embriagante alfombra;

Y como el rayo de tus glorias santas,
Robar al cielo inspiraciones bellas,
Y puñados de soles y de estrellas
Ir arrojando á tus excelsas plantas.

¡Oh Virgen del Pilar! . . Nombre esplendente,
Raudal inagotable de consuelo;
Eterno aroma del jardin del Cielo,
Rayo de amor sobre abatida frente.

¡O Virgen del Pilar!... Nombre glorioso,
Rio de luces que el sediento apura;
Oasis de purísima dulzura
Que brinda al alma celestial reposo.

¡Oh Virgen del Pilar!... Nombre fecundo,
Nombre que llena el universo entero,
Y por quien Zaragoza al extranjero
Detuvo un dia conmoviendo al mundo:

Sacrosanto pendon de libertades,
Que una ciudad homérica tremola
Para ceñirse deslumbrante aureola
Y hundir colosos y asombrar edades:

Iris de turbulentos corazones
En que se ceba padecer insano;
Madre que tiendes bondadosa mano,
Y haces latir á un pueblo de leones:

Vívido faro, sonriente aurora
De toda pura concepcion sublime;
Bálsamo y luz del infeliz que gime,
Bálsamo y luz del corazon que llora:

Arca dorada de inmarchita esencia,
Dulce esperanza en el combate rudo;
Madre del triste, luminoso escudo
Del honor y la sacra independencía:

Isla de flores y esplendor sereno,
Inspiracion de glorias deslumbrantes...
¡En Zaragoza sobrarán gigantes
Mientras fulgures en su heroico seno!

VALENTIN MARIN Y CARBONELL.

¡DOCE DE OCTUBRE!

Venerandosímbolos y expresiones sintéticas que condensan y resumen la vitalidad, historia y civilización del pueblo aragonés, son una fecha y un monumento.

La primera es el *doce de Octubre*, día en que se conmemora la santa y respetable tradición, piadosamente defendida por graves historiadores y casi elevada á dogma en el amplio catálogo de las creencias populares, de la aparición de la Santísima Virgen en las fértiles márgenes del Ebro y donde hoy se alza la majestuosa Basílica, que sino templo digno de la Madre del Verbo Divino, es á lo ménos innegable testimonio de la veneración que Aragon entero profesa á la que reuniendo, como arquetipo sobrehumano de bellezas y perfecciones, á las gracias ingenuas y candorosas de la doncella el majestuoso encanto de la maternidad, es el mejor emblema de una religión de amor y consuelo, presentada en su fase más poética y conmovedora.

El monumento ya lo hemos nombrado también; es el Templo del Pilar donde se alza la alegórica columna, que es el mejor emblema de la fé y constancia aragonesas; columna circunscrita y cerrada al principio, merced á la piedad de los primeros discípulos del Apóstol, por un santuario de 16 pasos de longitud y 8 de latitud, cuya sencillez contrastaba con las suntuosas fábricas y magníficas cúpulas que á las deidades del paganismo alzó la fanática ceguera de los Césares romanos: reducido santuario que al compás que se engrandecía y al mismo tiempo que veía aumentarse el número de sus fieles, era mudo testigo de la ruina y descrédito de las mentidas quimeras del gentilismo: primitivo tabernáculo que, santificado al principio con las preces de los catecúmenos y sellado con la sangre de las heroicas milicias de mártires y confesores de Jesucristo, miró poco á poco deshacerse en ruinas las soberbias construcciones del arte griego y del romano, y en menudo polvo las estatuas y los ídolos del Olimpo antiguo, y cuando la viva luz que desde las remotas comarcas de Oriente irradiara el Cristianismo—foco de una nueva y poderosa civilización y suceso que en breve había de renovar el aspecto de la historia antigua,—se extendió por todos los ámbitos del mundo conocido, el humilde albergue donde los fervorosos compañeros del Santo Apóstol se congregaron, convirtiéndose en osada catedral, enriquecida con todos los primores y magnificencias del arte, y trocó su humilde techumbre en arrogantes bóvedas cuyas cúpulas al perderse en el espacio parecían marcar su camino á las plegarias que desde sus naves elípticas y apenas bañadas por una luz indecisa y llena de religioso misterio, dirigía un pueblo sencillo y creyente á la celeste Intercesora cuya protección era tan visible entonces, como su presencia real en los primeros días del Cristianismo.

Más tarde, cuando la irrupción árabe motivó la epopeya de la Reconquista, la patria, la religión y la familia hallaron perfecto y acabado símbolo en el sacro Pilar, y el *doce de Octubre* siguió conmemorándose, sino con la fastuosidad y regocijos

sólo posibles á los pueblos que disfrutaban una independencia por la que entonces se batallaba, con fé más viva y con el entusiasmo propio de las viriles razas del norte que se habían aposentado en nuestro territorio tomando en él carta de naturaleza.

En la edad media, á medida que crece el fervor hácia el sagrado *paladion* de las creencias de nuestros mayores, aumentan la preponderancia y el prestigio de Aragon, monarquía que desde los encumbrados riscos del Uruel fué extendiéndose hasta las playas del Mediterráneo, cuyas ondas reflejaron siempre triunfante la divina Imágen, que arbolada en los estandartes de los Entenzas y Rocafort, de los almogávares de Cataluña y de los adalides aragoneses, surcó victoriosa los mares de Grecia, flotó invencible en las orientales ciudades de los Comnenos y Paleólogos, y fué á prestar su heroica sombra al Sepulcro de Cristo, en las legendarias expediciones de los siglos medios que se titularon Cruzadas.

Y después de dictar leyes en los mares que antes dominaron las orgullosas repúblicas de Génova, Pisa y Venecia, que tuvieron que rendir párias al esfuerzo de un puñado de aventureros aragoneses y que acataron el código marítimo por estos promulgado; después de dar al mundo aquella reducida hueste el asombroso espectáculo de distribuirse como botín de batalla dilatados imperios, tocando en lote ciudades y provincias enteras á oscuros capitanes que hacían doblar la rodilla á los más poderosos monarcas de la tierra, como si esto no fuera bastante y como si el recinto del orbe conocido fuera estrecho teatro para las glorias de nuestro país, abriéronse á éstas nuevos y más amplios horizontes con el descubrimiento de América, cuyas vírgenes playas hollaron por primera vez los navegantes que una reina de Castilla y un rey de Aragon habían enviado, el día (¡acaso providencial!) *doce de Octubre* de 1492, dirigidos por el inmortal Cristóbal Colón, que como su nombre indicaba (*Cristoforus*, portador de *Cristo*) iba á llevar la luz del Evangelio y de la verdadera religión á un dilatadísimo continente.

No menor influencia en los destinos de nuestra patria, durante la época moderna, ha tenido la devoción al sagrado Pilar, emblema de las más puras y levantadas afecciones que á la humanidad pueden enaltecer: testificando de sobra la valerosísima defensa de Zaragoza que hace palidecer las hazañas de los pasados tiempos heroicos y que se puede asegurar no hallará semejante en los futuros; defensa que sólo se concibe y explica teniendo en cuenta que, como ya queda indicado, la milagrosa Columna representaba en aquella ocasión los indestructibles lazos de la familia, de la patria y de la religión, que nadie impunemente intentaría borrar, y que identificados en tan hermoso é inefable símbolo, si la fé aragonesa no decae, ni amenguan las proverbiales constancia y entereza que á los esforzados habitantes de nuestro país distinguen, ha de proporcionar á este nuevos días de gloria y un prestigio y grandeza que nadie sabrá disputarle.

CRÓNICA ARAGONESA.

Y, en efecto, el órden reina en Zaragoza.

Despues de los pavorosos pronósticos que hicieron circular las noticias dadas y tomadas al oido; despues de la intranquilidad que suscitaron aquellos misteriosos *se dice* y aquellas siniestras advertencias de las gentes que estaban en el secreto á las que permaneciamos ajenas al peligro inminente; despues de haber estado á punto de establecerse en el presidio de San José el tribunal supremo de los justicieros, realizándose de esta suerte la fórmula de esos resueltos varones que aspiran á llevar las tejas donde están los adoquines y los adoquines donde están las tejas; despues de todas estas cosas *et quibusdam aliis*, hácese doblemente agradables el sosiego y calma que en nuestra siempre heroica ciudad se disfrutan.

Ni las *escobas de barrer calles*, como dijo un periódico famoso, han abandonado sus rincones, como no haya sido para ir á hacer el ejercicio allá en los pelados montes de San Gregorio, ni aun hemos llegado á sentir siquiera la trepidacion que denuncia al volcan que bajo nuestros piés está próximo á estallar. Solamente la animacion que precede al bullicio de las fiestas, á modo de expresivo *ritornello*, ha turbado—muy á gusto de todos—nuestra habitual tranquilidad.

Los festejos del Pilar, en cuya importancia suele entrar por más el prestigio de la tradicion que la ostentacion y novedad de los espectáculos, serán en el presente año más variados y brillantes que en los últimos. El programa ofrece nuevos y deleitosos atractivos; los ferro-carriles brindan á los viajeros facilidad y baratura grandisimas; unidos en compacta muchedumbre los que buscan ocasion de solazarse ámpliamente durante unos días y los que vienen al santuario de la Madre de los aragoneses para rendirle el piadoso homenaje de su fé, inúndanse nuestros albergues, nuestras calles, nuestros teatros é iglesias, de un revuelto y pintoresco ejército de forasteros, donde se advierten á la par de las anchas fajas moradas y los pañuelos de seda de nuestroa *baturros* de Aragon, las clásicas *barretinas* catalanas y las boinas azules, blancas ó rojas de los vasco-navarros, y junto á las descomunales prendas con que se engalanan el cura de aldea y el cacique de villorrio, los elegantes atavíos del *touriste* que así endereza sus pasos á la siempre heroica ciudad como á las montañas suizas ó á las costas normandas.

La animacion resplandece en las calles y plazas, el júbilo en los semblantes, el dinero donde quiera que se pide con destreza y se dá con gusto.....

El país se divierte, al parecer. ¿Qué es esto? ¿Un mentís solemne dado con española arrogancia á los que nos presentan acosados por la miseria, la zozobra y la inquietud, ó un desconsolador sintoma de indiferencia, apatía y amor al devaneo?

No lo sé: sin penetrar en más honduras, me limito á consignar modestamente el hecho, dejando, como el poeta,

Al posteri l' ardua sententza.

* * *

El solemne acto de la apertura del curso de 1879 á 1880 congregó hace pocos dias en el Paraninfo de la Universidad una multitud donde la ciencia, la juventud y la hermosura tenian su más brillante representacion. Bellisimas doctoras en amor y graves doctores en derecho, en filosofia y en medicina, entretenian—por más expresivo modo aquellas que estos—la atencion de los jóvenes escolares: los profesores con su severo continente y sus vistosas mucetas; las damas con sus naturales atractivos, graciosamente realzados por la moda y el buen gusto.

¿Por qué vienen á estos actos académicos las hijas de Eva? preguntábame un sujeto de adusta fisonomía y aspecto huraño.

—Por amor propio, respondí.

—¿Y qué tiene que ver la vanidad femenil con un discurso del Dr. Montells ó de otro profesor cualquiera?

—Mucho. Las mujeres gustan de probar que, si para graduarse un hombre de médico ó de abogado, necesita gastar en el estudio algunos años, ellas gradúan al más inepto en la ciencia de amor con sólo unas breves y rápidas ojeadas; y de ahí que...

—De ahí que un par de ojos negros ó azules hagan más víctimas que el estudio del derecho civil ó de la patología; añadió mi interlocutor.

El discurso del Sr. D. Nicolás Montells, profesor de la Facultad de Medicina, versó sobre «El Pauperismo,» tema interesante, si no nuevo, en cuyo desarrollo ofreciéosenos el hábil y docto cirujano bajo un aspecto, como hombre de ciencia, que hasta ahora no habíamos sospechado en él. Decir que trató la cuestion propuesta con tino y brillantez seria repetir lo que han dicho ya los periódicos locales; tócame consignar que hubiéramos deseado algunos apreciar las singulares dotes de observacion y estudio que en el Dr. Montells concurren, en otro asunto—cuando no de los que puede tratar por su profesional competencia—más interesante y á propósito para que en el terreno de la práctica arraiguen las fecundas observaciones de un talento claro y perspicaz.

El pauperismo moderno, segun la frase de un célebre escritor, no es un pauperismo que viene, si no el pauperismo antiguo que se vá.

Esto es cierto, si los hechos no mienten. Dirijan, pues, los hombres doctos sus miradas hácia los males nuevos que se precipitan sobre la moderna sociedad, en vez de consagrar solícita atencion á las viejas miserias que cura el bienhechor influjo de la civilizacion.

* * *

Arderius y sus bufos, restos más ó menos gloriosos de mejores huestes, han tomado ya posesion de la escena de nuestro Teatro Principal.

Dios mejora sus horas, habrán dicho probablemente aquellas nobles é inmortales figuras pintadas en el telon de boca de dicho coliseo; porque si hace pocos dias encubrian una escena pisoteada por clowns, acróbatas, mujeres forzudas y perros sábios, hoy la ven ocupada por individuos que sin duda disponen de un grado superior en la escala artística. ¡Algo es algo! Ciertamente que de las obras

que han de interpretar Arderius, Escriu y Orejon vá alguna distancia á aquellas otras que escribieron é interpretaron nuestros grandes poetas y nuestros actores más insignes; pero los bufos ¡qué diablo! son los bufos... y como son bufos...

En este atolladero se enreda y embrolla la defensa que pretendia hacer del género bufonesco. Buscando argumentos en pró de él, he tenido la paciencia de estudiar su abolengo; pero ¡ay! que este no es de los que se deben consignar en una limpia ejecutoria de fobleza.

—¿De dónde procede el nombre de los bufos? he preguntado á un erudito amigo mio.

(Los amigos de los cronistas son como los confidentes de las comedias: encargados de contar al público lo que al personaje principal no le está bien decir.)

—Y mi amigo ha evacuado la consulta diciéndome con aire magistral:

—Bufo viene de bufon, y bufon viene de... Aquí se dividen los autores, porque miéntras unos, como Celio Rodigino — un prógimo á quien en tu vida habrás oído nombrar,—dicen que ese nombre procede de cierta fiesta que instituyó en el Atica el rey Erecteo, á consecuencia de un proceso burlesco formado al hacha de un sacrificador llamado *Buphon*, que desapareció del templo de Jove sin motivo; otros, como Ménage, hacen derivar esta palabra del nombre latino *buffo* que se daba entre los romanos á los que salian en el teatro con los carrillos hinchados para recibir bofetones que hicieran mucho ruido y causaran al público mayor risa. Tú elegirás la version que más te acomode.

Y yo, que he perdido la fé en las etimologias, como en muchas otras cosas, dejo á la eleccion de mis lectores amabilisimos el admitir ó rechazar entrambas explicaciones.

* * *

Los señores Romero Robledo y Sagasta han visitado esta ciudad. Sus amigos les han tributado todos aquellos obsequios á que obligan la amistad particular y la importancia política. Los banquetes, sobre todo, han obtenido en el programa la preferencia justa y legitima que exigen.

Ambos personajes—cada uno en su respectivo comedor—han dejado completamente satisfechos los deseos de sus amigos.

Ambos han manifestado de inequívoca manera su conformidad con los *principios* de los políticos zaragozanos.

No han rechazado ni uno solo.

SALDUBIO.

LEONOR DE AQUITANIA.

(CONTINUACION.)

Pero no sucedió por el pronto lo mismo con Enrique. Era este jóven príncipe el que habia dado la señal de la defeccion, siendo el primero en pactar con Ricardo, y Beltran de Born quiso castigar su felonía escribiendo contra él uno de los *serventesios* más duros y más intencionados que brotaron de la pluma de aquel trovador.

D' un sirventés no 'm cal far longor gauda,
tal talen ai que 'l diga e que 'l esbanda,
car n' ai razó, tan novela e tan granda
del jove reis qu' a finit sa demanda
son frai Richard, pus sos pairs lo y comanda,
tant es forsats!

Pus en Enric terra non te ni manda,
sia reis dels malvats...!

«No quiero esperar mucho á escribir un *serventesio*, pues ardo en deseos de que se repita y se esparza para que todo el mundo sepa la nueva de que si el jóven rey renuncia á sus pretensiones contra su hermano Ricardo, es por obedecer á su padre que así se lo manda. ¡Y como él es un hijo tan sumiso! ¡Ya que Enrique no tiene tierras ni súbditos, sea el rey de los malvados!»

Y continúa diciendo que es sólo un malvado el que vive de las rentas de otro, á sueldo y á pension de los demás. Le llama rey coronado vistiendo la librea de otro y le colma de injurias; que no era hombre Beltran de Born para medir sus palabras y para detenerse ante nada.

Poco tardó la política de aquel tiempo en traer nuevos sucesos y nuevos disturbios. Volvieron los mal avenidos hermanos á querellarse; volvieron luego á sublevarse, ya juntos, ya separados, contra su padre el rey de Inglaterra, y volvió Beltran de Born á encontrar campo para sus intrigas, pasto para su febril actividad, materia para sus iracundos *serventesios*. No hubo de tardarse en ver al trovador estrechamente unido de nuevo con el príncipe Enrique, hostigando á éste contra su padre, atizando el fuego de la guerra, alimentando los odios de los hermanos entre sí y todos contra el que les diera el ser, debiéndose á esto el que el Dante le presentara luego simbólicamente en su infierno con la cabeza separada del tronco y llevándola en la mano á guisa de linterna.

Cuando ya se habia vuelto á encender la guerra, cuando ya Beltran de Born, de quien todo era obra principalmente, podia gozar y recrearse con su espectáculo favorito de los caballos huyendo sin jinete, los heridos revolcándose por el suelo, los caláveres llenando los fosos, los vivos luchando con encarnizamiento, las llamas abrasando los pueblos y las torres y castillos cayendo en ruinas, sucedió que Enrique, sucumbiendo á una enfermedad mortal, exhaló su último suspiro en Martel el 12 de Julio de 1183. Beltran de Born, que habia vuelto á ser su amigo íntimo, su compañero inseparable, quizá su angel malo, le veló y cuidó hasta el último momento con entrañable solicitud, y en sus propios hombros llevó á enterrar el cadáver del jóven rey, á cuya muerte compuso un *planck* ó lamentacion, que es de lo mejor y más sentido que ha brotado de la pluma de aquel poeta y que puede presentarse como modelo de éste género en la poesía provenzal.

Godofredo trató de continuar la empresa de su hermano contra su padre, y se dispuso á levantar un ejército con éste objeto; pero como si Dios quisiera acabar con aquella guerra parricida, Godofredo murió en París, en un torneo, cuando estaba ya próximo á realzar su designio, el año 1186.

Quedaba todavía Ricardo, duque á la sazón de Aquitania, quien hizo un tratado secreto con Felipe Augusto de Francia, sucesor de Luis el Jóven, encaminado también, como siempre, contra Enrique II de Inglaterra. Era realmente implacable el odio de aquellos hijos contra su padre, y es fama y tradicion que vivia alimentado por la cautiva de Salisbury, la cual, soportando su prision con una entereza verdaderamente varonil, hallaba medio, á través de los hierros, de enviar constantes mensajes, principalmente á Ri-

cardo, para que no flaquease en el odio contra su padre.

La muerte de éste vino á acabar con aquella situación violenta. Perdida toda la antigua energía de Enrique II de Inglaterra con los pesares que sobre él llovian, y con las humillaciones por que le obligaron á pasar en un tratado su hijo Ricardo y el rey de Francia, sucumbió á los ataques de una fiebre lenta, falleciendo el año 1189, á los cincuenta y siete de su edad y treinta y cinco de su reinado, en un castillo cerca de Saumur.

El primer acto de Ricardo, al subir al trono de Inglaterra, fué poner en libertad á su madre, que habia envejecido un siglo en el encierro de Salisbury, pero que, á pesar de sus sufrimientos y de sus setenta y cinco años, era todavía una mujer hermosa, segun tengo leido en una antigua crónica de Poitiers, y debia ser tambien una mujer entera aún, con todo el vigor de su raza y con toda la pasion de su juventud, cuando el cielo la reservaba para una empresa de abnegacion y de sacrificio que debia purificarla de sus culpas de amante y de sus crímenes de esposa.

VII.

Un entusiasmo ciego por las aventuras novelescas y un celo exaltado por el cristianismo, eran el espíritu de aquel siglo y los medios únicos por donde podia adquirirse gloria y nombradía. Ricardo de Inglaterra estaba dominado más que nadie por estas ideas, y todas sus acciones obedecían á ellas constantemente, pareciendo principalmente haber heredado de su madre aquel espíritu.

Lo primero que hizo, pues, al subir al trono de Inglaterra, dominado más bien que por la fé cristiana, por el amor á la gloria y á la aventura, fué formar el proyecto de una expedicion á Tierra Santa y allegar medios, fondos y aliados para llevarlo á cabo.

Cuentan las historias cómo realizó ésta empresa, cómo fué á ella aliado con el rey de Francia, cómo tuvieron lugar las mortales desavenencias entre estos dos monarcas, cómo se indispusieron, mortalmente tambien, Ricardo de Inglaterra y Leopoldo de Austria y cómo le acontecieron al primero en aquella expedicion sucesos verdaderamente peregrinos y novelescos que, más que la historia, ha contribuido á popularizar un autor inmortal por medio de una novela célebre (1).

Terminada aquella expedicion, de que resultaron á Ricardo más prestigio y gloria que ventajas positivas, trató de regresar á su reino para gozar en él de los laureles que acababa de recoger á costa de tantos peligros. Vacilante en el camino que debia tomar para su regreso, y no queriendo atravesar la Francia por temor á caer en manos de Felipe Augusto, su enemigo entónces, se dirigió por el Norte, embarcándose en el Adriático; pero habiendo naufragado en Aquilea, ó hallándose sólo, sin servidores y hasta sin recursos, se disfrazó de peregrino con la esperanza de atravesar de incógnito la Alemania. Su intento no pudo realizarse. Lleváronle los azares de su viaje á tener que pasar por Viena, y allí fué reconocido el peregrino y preso por Leopoldo de Austria, que le mandó encerrar en lo más alto de la torre de un castillo, dispuestos tal vez á dejarle gemir cautivo toda su vida.

Nada en tanto se sabía en Inglaterra de su rey. Considerábanle muerto muchos, y otros prisionero de los infieles. Ninguna noticia, ningun eco, ningun rastro de Ricardo llegaban á Inglaterra ni á Aquitania; y como iba pasando el tiempo con devoradora rapidez, y como la creencia de su muerte iba afirmándose más y más cada dia, mientras Ricardo, victorioso en vano, se consumía en una mezquina é ignorada cárcel, los

asuntos de su reino iban tomando el más desfavorable aspecto, sin que á contener bastáran los progresos del mal toda la actividad y todos los esfuerzos que supo desplegar la reina viuda, aquella Leonor de Aquitania, entregada entónces por completo al recuerdo, al amor y á los intereses de Ricardo, y á la cual, lejos de apoyar, parecía poner obstáculos su hijo menor y hermano de Ricardo, Juan *Sin tierra*, que en la desaparicion del monarca veía la esperanza del trono.

Ni un sólo instante, en aquel conflicto, flaqueó el ánimo varonil de Leonor. Mientras todos creían muerto á Ricardo, ella era la sola que no participaba de esta creencia, y cuando damas, prelados y caballeros se acercaban todos á ella para decirle: «Señora, no hay ya duda, vuestro hijo y nuestro rey ha muerto,» ella inclinaba melancólicamente su cabeza, y les decía por única respuesta:—«Mi corazón no me lo ha dicho todavía.»

Fué Leonor la que, sin vacilar, sin ceder un momento, hizo frente á todas las intrigas, desbarató todos los proyectos, inutilizó todas las artes, remedió cuantos males pudo, y sosteniendo y alentando la esperanza de que Ricardo vivía, pudo mantener íntegro el reino é incólume el trono, segura y persuadida de ver lucir el sol que alumbrara el regreso de su hijo querido.

Un pobre y oscuro trovador fué el que llevó á Aquitania primero, y despues á Inglaterra, la noticia consoladora de la existencia del monarca, y con la buena nueva una sentida cancion del rey trovador, compuesta por él en el fondo de su cárcel y dirigida á sus barones, halagado quizá por la idea de que este canto levantara en armas al país en su favor para librarle, como un dia el *serventesio* de Beltran de Born lo habia levantado para perseguirle.

El poeta que llevó á Inglaterra la bienhadada nueva, se llamaba Blondeau de Neele, pero era vulgarmente conocido por Blondel. No pertenecia al grupo de los trovadores provenzales, era francés, y las obras que de él nos quedan, están en la lengua hablada en París, pero sus canciones son una imitacion de los provenzales, su espíritu y estilo el mismo, como de quien vivia entre ellos y con ellos estudiaba. Hé aquí como prueba la primera estrofa de una de sus canciones:

«La alegría (en el sentido de amor que le daban los provenzales) me invita á cantar cuando llega la primavera, y mi corazón responde, pues es justo que me ocupe y nadie en el mundo se atreveria á desobedecer al amor. ¡Oh Dios! ¡qué vida tan feliz tienen los que á él se entregan!»

La joie me remont
de chanter au douz tens,
et mes cuers li respont
que droit es que g' i pens;
car nulc riens el mont
ne fas fuer son deffens.
¡Dex! quel sieele cil ont
qui i metent leur sens (1).

Blondel, segun parece, estaba al servicio de Ricardo *Corazon de leon*, y le era singularmente adicto. Por lo que se deduce, debió acompañarle á Tierra Santa y seguirle en sus expediciones, pero al regreso hubo de separarse de él. Cuando Ricardo desapareció comprendió Blondel que habia caido en algun lazo, y juzgándole prisionero dióse á recorrer la Alemania, vestido unas veces de peregrino y presentándose otras como juglar, para penetrar en todas partes y ver si alcanzaba á tener noticias suyas.

VICTOR BALAGUER.

(Se continuará.)

(1) *Essai sur la musique*, París, 1780, tomo III.

(1) Walter Scott; *El Talisman*.

EL ERMITAÑO PEDRO, DE RIVAGORZA.

No hay pueblo que no tenga historias, tradiciones y leyendas; tres exhibiciones de los hechos pasados, ó verdades referidas. Congéneres á todo territorio, parecen ser el vínculo de union de lo pasado y de la actualidad; parece que ésta se fortifica con aquél, y ésta se garantiza con el otro, porque ámbas son el patrimonio moral de los pueblos. Las historias satisfacen las necesidades humanas, las tradiciones las de los países, las leyendas las de las ciudades, villas, aldeas y lugares, porque son la conciencia de todas estas entidades ó colectividades. Mas el exámen comparativo de unas y de otras, arroja consideraciones importantes. Una de ellas es que se parecen todas las leyendas, que varían las tradiciones; y que son distintas las historias. Las equivalencias históricas tradicionales y legendarias, representan el máximo, medio y mínimo de la verdad histórica. La del ermitaño Pedro confirma estas observaciones.

Se sabe que sobre la montaña de Turbon vivió en el año 1138 un solitario llamado Pedro, colocándose en su cima cubierta una gran parte del año de nieves. La historia de este solitario, que vivió allí algunos años entregado á los rigores de la más espantosa penitencia, es muy semejante á la del fray Juan Guarín, que vivió en otra montaña, la de Montserrat en Cataluña, en tiempo del Conde Borrell II de Barcelona, ó sea por los años de 876. Con la una podemos completar la del otro, y parece ser la siguiente: «Fray Pedro perteneció, según se cree, al monasterio de San Victorian, de la Orden de San Benito, y una de las más antiguas fundaciones de Rivagorza, cuna á un tiempo mismo de varios santos y varones esclarecidos.

Se ignora donde nació, pero se puede conjeturar sería en Rivagorza, donde hay familias que llevan el nombre de Pere, convertido en Pedro por el castellano, y que su apellido sería Castillo.

Nuestro Pedro debió ser algun monje del monasterio de San Victorian, ó sea del antiguo monasterio de San Martin de Asan, cerca de la ribera del Cinca, en Rivagorza, que fué á gobernar y gobernó por espacio de veinte años el mismo San Victorian hasta su muerte, ocurrida el año 560 de nuestra era, por cuanto se encuentra un Pedro Castillon entre sus abades del siglo XII, y parece regular que entre los fervorosos monjes habia de salir tal modelo de perfeccion.

Efectivamente; tal monasterio de benedictinos, fundado, según se cree, por Gesaleric, contaba ya por abades al insigne San Nazario en 570; á los ejemplares Florencio, Raimundo I, Blasco, Juan I, Pedro I, ántes de la invasion sarracena, ocurrida en el año 713. Despues de 317 años de la ocupacion del país por los árabes, esto es, desde el año 1036, en que fueron desalojados del mismo monasterio, habian hecho célebre esta santa casa los abades Juan Estapante, Martin I Garuso, Juan III Grimaldo, Aquilino, y Poncio I, Pedro II, Poncio II, Surando, Arnaldo I, Poncio III, Poncio IV, Miguel, Benedicto I, Durando y Arnaldo, á quien sucedió nuestro Pedro.

Siendo así, debió retirarse á la vida contemplativa, á la que se prestaba Turbon, dejando su abadía, que ocupó su sucesor Bartolomé, encontrando en Pedro un ejemplar dignísimo los siguientes abades del propio monasterio, que lo fueron: Martin Estada en 1201; Bernardo I en 1209; Sancio, Grimaldo II y Arnaldo en 1419; Pedro IV, Guillermo de Pisanates I, Domingo, Guillermo II, Bartholonico, Raimundo II, Bartolomé de Toledo II, Pedro V, Benedicto II, Bartolomé III, Martin III, en los años 1250 y época de don

Jaime el Conquistador; Bernardo, García II, Raimundo III, Guillermo III, Rodrigo I, Domingo II, Bernardo de Biela III, que gobernó en 1.º de Diciembre de 1276; Rodrigo II, Rodrigo III, Bernardo IV en 1289; Bernardo V en 1295; Rodrigo IV en 1307; Rodrigo V, Bernardo VI, Sensatecho, Bernardo VII, Simon, que gobernaba en el año 1352; Antonio de Barcelona y Bernat de Benaste en 1373; Antonio II, Bernardo de Bardagí VIII, Antonio III, Pedro VI y Bernardo de Bardagí IX.

No ménos lo encontraron y siguieron los abades que sucedieron al último, á saber: J. Juan de Rebolledo en 1467; D. Alonso de Aragon, D. Alonso de Castro II, D. Pedro Manrique VII, D. Juan de Urries VI, don Juan de Pomar VII, que vivia en 1563; fray Pedro Martinez VIII, que vivia en 1580; D. Gerónimo Perez de Nueros, venerable por Su Santidad, que vivia en 1609; D. Pedro de Iribarue IX, en 1611; D. Pedro Apaolaza X, en 1620, y despues obispo de Barbastro y arzobispo de Zaragoza; D. Diego de la Fuente en 1637; D. Miguel Escartin en 1648 y despues obispo de Barbastro y Lérida; D. Inigo Royo obispo de Barbastro y presidente del reino de Aragon; D. Francisco Crespo en 1664; D. Plácido de Oros en 1702; D. José Plácido Coronas siguientes hasta nuestros dias.

Se sabe además, que en dicha época fué á morar á Turbon, uno de los montes hijuelas del Pirineo de Rivagorza, en su meseta de perfectos declives ó vertientes inclinadas por todas partes, y acaso que de su permanencia allí, recibió el nombre de Castillon, equivalente á *castells*.

Colocado allí Pedro, fabricó una caba ó cueva bastante rústica, donde renovó en invierno las más espantables penitencias de la Tebaida, continuándolas todos los años sin interrupcion.

En tanto el enemigo infernal, no cesaba de combatir su acendrado amor divino. Cuando elevando sus manos descarnadas al Señor para que hiciese descender la lluvia sobre Rivagorza, echábase sobre él golpeándole, cuando conjurando las tormentas matutinales y vespertinas á que sirve no pocas veces de base dicho Turbon, el demonio le derribaba en tierra sobre la que caia como herido de un rayo: siempre con la más firme confianza en Dios detenía los ímpetus del génio del mal, convirtiendo las tempestades en lluvias benéficas, y siempre, como la Providencia derramaba sus bienes á manos llenas. Así Pedro se asemejaba á Moisés orando con los brazos levantados, cuando interpuesto entre Dios y su pueblo, alcanzaba gracias extraordinarias.

Estos fenómenos tormentosos repetidos con frecuencia evocando y mistificando pasados recuerdos, dieron origen á mil consejas, todavía admiracion de los niños, objeto de la credulidad de los viejos labradores, y materia de agradable entretenimiento para personas ilustradas, todo enlazado con la biografía de nuestro héroe.

Dícese que cada sábado, dia el más nefasto para los espíritus del averno, por haber sido consagrado á la bendita Madre de Dios su más fiero antagonista entre los humanos, se reunian en aquella meseta, acordando en juntas nocturnas la distribucion de los males á nuestra mísera humanidad, sobre todo á nuestra comarca rivagorzana. Dícese que cada voz del acuerdo se refería á un mal gravísimo y realizable y lo celebraban con danzas grotescas, añadiendo al fin un resumen de todos los asignados á cada dia de la semana que se publicaba con júbilo infernal. Que estos demonios, tomando figura de mujeres, parecian brujas, ó hembras malditas encarnadas en aquellos nefandos espíritus, y que de este modo, Turbon vino á ser como el alcázar del infierno ó centro-cuartel de la mayor iniquidad diabólica. Entónces como ahora, á ser ello cierto, nuestro Turbon fuera, como la cueva de san

Patricio, lugar de penitencia inútil, de infortunios más terribles y crueles.

Como quiera que el repetido Turbon, por decirlo así, santificado por la morada del insigne Pedro, parece aun hoy á los rivagorzanos como personificando á toda la comarca. Todavía despues de muchos siglos del fallecimiento del divino Pedro, se cree oirlo conversar con los montes inmediatos, recontando las ventajitas que le dán preferencia sobre ellos. Todavía creen oír á Turbon, que en voz levantada grita que él es el monte más elevado, y clama: «Soy Turbon, el monte más elevado de Aragon.»

Asimismo, aprovechando las aguas de una fuente limpiísima que existe todavía en la cumbre de la mencionada montaña, permanecía algun rato contemplando los dones de Dios esparcidos liberalmente sobre la tierra, elevaba sus ojos á Dios, considerándole tan grande allí como acá abajo en este mundo subllunar, saludaba cortesamente á los muchos romeros que allí le esperaban, á quienes daba sus pocos consejos útiles y que llevaban á su país como producto precioso.

Faltábale, sin embargo, á Pedro un templo en que adorar á Dios en verdad, y entónces fué cuando él por sí mismo pasó á construirlo, dedicándolo á san Adrian de quien era devoto, bien que dando allí el debido culto á la Virgen Santísima á quien destinó un altar. Esta iglesia debió ser muy elegante y capaz, cuando el obispo de Rivagorza Gaufrido pasó á consagrarla en el año 1140. Esta iglesia fué una de las notabilidades de Rivagorza, y se hizo célebre por el frecuente concurso de los habitantes de la comarca por su despejada situacion que hacia de ella un verdadero baluarte para el fervor de los fieles, cuya atalaya era para la descubierta de las emboscadas de los sarracenos, siendo un inmenso balcon donde descubrian por la derecha las tierras recuperadas á la fé de Jesucristo, y por la izquierda las que el cielo les tenia reservadas en un próximo porvenir.

Este templo, de que tan sólo quedan algunos vestigios, puede considerarse como un verdadero Covadonga rivagorzano, porque fué hijo del ardor religioso y bélico de nuestros antepasados, porque fué contemporáneo á la dominacion parcial mahometana de nuestro suelo, porque no embargaba ni ristringió el marianismo que presidió á la ereccion la dedicatoria á san Adrian, debida á ser monje de san Vitorian, de donde lo fué san Adrian, el repetido Pedro. Y si otro Pedro ermitaño supo reunir huestes de imberves para rescatar el Sauto Sepulcro; el nuestro organizando con mejor fortuna las suyas compuestas de devotos, no se duda alcanzó del cielo la más pronta restauracion contribuyendo al buen éxito de su cruzada.

Pedro desde aquella época dió todas las riendas á su fervor, y podia decir que tenía su vida identificada con la de Cristo, su conversacion con el cielo, su trato con los ángeles. Habia sí puesto su nido cerca del empiro, y por tanto se habia hecho admirar de lo humano y de todo lo divino.

Hay en una de las vertientes de la montaña susodicha un pueblo pequeño por su vecindario, pero un tiempo numeroso á consecuencia de los viajeros que iban á ver á Pedro en aquel monte, llamado Vila ó Villas de Turbon, y en ella una fuente prodigiosa favorable para la curacion de los cálculos. Esta agua se cree fué bendita por haberse lavado un tiempo en ella el bienaventurado Pedro, y á la manera de la fuente de Hebron conserva virtudes medicinales. A ella acuden aun hoy los accidentados de retencion de orina, porque saben que si no la cura la minora; de ella sacan botellas de líquido que son llevadas con el mismo fin á diferentes y distantes puntos,

Pedro no fué sin embargo como Guarin pecador, libiano, homicida, hombre, bruto. Sólo fué penitente, virtuoso, benéfico y prodigioso. Cuéntanse curaciones verificadas milagrosamente, enfermedades crónicas desaparecidas, sólo con la ascension del monte habitado por Pedro. De esta manera se unian la nube sagrada que conducia al pueblo hebreo guiado por Moisés por las arenas del desierto y este caudillo afortunado; de este modo fué Pedro como él, símbolo de la liberacion prometida.

En efecto, como en aquella época todavía se hallaban los árabes dominando la parte baja de nuestra Rivagorza, la permanencia de un varon tan santo como Pedro en la montaña de Turbon que estaba ya en poder de los cristianos, servia de pendon levantado contra el islamismo. Allí dirigiran sus miradas nuestros cruzados; aquella montaña como la de Sion era el refuerzo contra las asechanzas de los sectarios del Profeta. Allí se creian seguros los que fuera de la zona de esta montaña histórica y más abajo, se veian obligados á combatir diariamente.

No dicen las crónicas cuántos años permaneció en su caba el solitario de Turbon, pero sí añaden que su muerte fué como su vida.

Tampoco nos dicen dónde fué enterrado su cádaver, pero segun parece fué trasladado al monasterio de san Vitorian de que habia sido conventual. Persuádelo así el largo catálogo de reliquias venerandas que encerraba esta Covadonga rivagorzana. Compruébalo todo la multitud de varones insignes en virtud y letras que ilustraron aquella santa casa.

Por lo demás, Turbon, como monte elevado, y Pedro como altura moral encumbrada, presenta el consorcio de los recuerdos monumentales religiosos y militares de la Rivagorza en la época de la reconquista. Los torbellinos que le dan nombre, son las corrientes de los siglos que parecen detenerse allí buscando la mejor etapa de sus recuerdos, las auras que allí mujen son el murmurio de las plegarias de Pedro; las nieves que allí se hallan acumuladas, el traje vistoso de que se reviste la montaña, símbolo de la autoridad que le dan las reminiscencias de las virtudes de Pedro, las nubes dispersas, apiñadas y confundidas, las legiones de espíritus malignos que huyen del teatro de su derrota.

Turbon, en consecuencia, desde que cobijó al famoso Pedro, ha adquirido fama semejante á los demás montes históricos de nuestra España, porque es el Monserrat rivagorzano, el Guadalupe aragonés y Covadonga patrio nuestro, pues nada le falta para ser compañero de estas celebridades. En él se adoró, en él se dió culto para los cristianos del tiempo de los árabes, á la beatísima Madre de Dios cuyas imágenes llevaban, en él el repetido Pedro entonó cánticos de loor, de júbilo y de tristura á aquella, de que son espresion aproximada las más altas montañas en sentir de los santos Padres de la Iglesia.

Cuando veamos, pues, de cerca ó de lejos esta montaña memorable, recibámosla con el efecto que saluda un viajero de vuelta de un gran viaje á su país natal; cuando estudiemos la historia de Rivagorza enviémosle el saludo de nuestros recuerdos; cuando pensemos en la Virgen Inmaculada no nos olvidemos de Pedro el ermitaño de Turbon, de su ermita, de sus triunfos y de sus glorias.

JOAQUIN MANUEL DE MONER.

Á SAFO.

(SONETO.)

Como bacante destrenzada y loca
Que en torno al Dios de los leones gira,
Safo, rompiendo su doliente lira,
Huella de Lesbos la desnuda roca:
Allí el desden funesto que sofoca
Su tierno corazón, pintado mira
En el oleage que á su planta espira,
Y á gozar de sus besos la provoca.
De pronto, un bulto los especios hiende,
Lo arrastra el espumoso remolino,
Que al estrellarse en el peñon retumba;
Húmedo manto sobre Safo estiende,
Y levanta en su pecho cristalino
A su inmensa *pasión* inmensa tumba.

GERMAN SALINAS.

CANTARES.

Un perder es un ganar,
Me dijiste cierto día:
Después de perder tu amor
He visto que *no mentías*.

Unos sueñan con la gloria,
Otros sueñan con riquezas;
Yo sueño sólo contigo,
Que eres mi cielo en la tierra.

Con mis angustias me acuesto,
Con mis penas me levanto,
Y no ceso de llorar
Mis amargos desengaños.

Me pides que te devuelva,
La flor que me diste un día:
Yo no te reclamo nada
Y te dí toda mi vida.

F. D. y G.

ESPECTACULOS.

¡Pobres niños!

La pródiga ley protectora de la infancia no pudo evitar que retorcidos, dislocados, y dando saltos que les exponían á partirse por mitad,—como un jóven lirio por su tallo,—se exhibieran ante un público que les aplaudía en tan feroces ejercicios y que, en cambio, se callaba como un muerto al presenciar la siempre aplaudida *feerie* titulada *Sueños de oro*.

Entónces no hubo una sola protesta: la ley tampoco podía hacer nada por su parte en favor de los intrépidos é infantiles gimnastas que aunque no representaban más de siete y diez años respectivamente parece que acreditaron tener doce cumplidos; y en último caso si no los tenían es probable que los cumplan en

un breve plazo más ó ménos largo, si ántes no dan un salto *mortal* que lo sea para ellos en recta acepción de esta palabra!

Después de tantas emociones fuertes creíamos que cualquier género dramático, más ó ménos bufo, sería perfectamente acogido: pero esta vez el mérito de la oportunidad no ha hecho mella en el descontentadizo público que anoche acudió á presenciar el *debut* de la compañía de Arderius. Mero cronista, me limito á referir hechos sin por eso dejar de consignar mis propias impresiones con la desconfianza del que no las vé compartidas por un público selecto y numeroso. Mas como estas cuestiones no se resuelven afortunadamente por mayoría de *sufragios*, como pudiera muy bien suceder que si el público de la *primer noche* no abundaba en mis apreciaciones, fuera más afecto á ellas el de las sucesivas, y como, por último, las aventuras sin quererlas imponer á nadie, guardándome muy bien de imitar á los que con severidad catoniana imponían silencio á los ingénuos y regocijados espectadores que aplaudían en la noche del estreno, ¿por qué no he de manifestar buena y lealmente mi parecer?

Entiendo, pues, que no mereció la nueva compañía el glacial recibimiento de que fué objeto por cierta parte del público; me explico alguna de las causas, *largas de contar* como la vida de Juan Soldado, que lo motivaron; y además creo que la pericia y buena estrella del celeberrimo maestro lograrán vencer las dificultades y suavizar algunas asperezas que en los principios encuentran toda empresa y compañía....

Anúnciense nuevas producciones y en mi próxima, como dicen los corresponsales de los periódicos políticos, daré más detalles.

* * *

El Testamento azul, zarzuela estrenada últimamente en el Gran teatro de Pignatelli, obtuvo un lisonjero éxito. El libreto y la música agradaron; la Sra. Dupui estuvo bastante acertada, el Sr. Sala Julien fué muy aplaudido y los demás artistas hicieron lo que pudieron para no desentonar el conjunto.

Recomiendo á mis lectores que se enteren de dicho *Testamento*: lo tétrico de su nombre no es obstáculo para que evoque en los expectadores ideas que nada tienen de lúgubres.

VALERIO.

LIBROS RECIBIDOS EN ESTA REDACCION.

Anuario del estudiante.

Sistema del derecho romano, por Savigni (Tomo 6.º)

Compendio de la Historia de Roma, por D. Alejo Garcia Moreno.

Reseña biográfica de los matadores de toros, por D. José Santa Coloma.

Guía anuario de Zaragoza para 1880.

Por falta material de tiempo y espacio no nos ocupamos en este número de las obras anteriores que serán objeto, en el próximo, de la acostumbrada reseña. Entre tanto, damos las gracias á los remitentes.